

## APUNTES DE VIAJE

Riachuelo de Carolina.—Río Guadalupe.—Riachuelo de Hojas Anchas.—Naturaleza del terreno.—Minerales.—San Matías.—Chorrera del Guadalupe.

Al dejar á Carolina y emprender camino hacia Amalfi, es preciso cambiar un poco de rumbo, y de Nordeste que era, torcer francamente hacia el Este. El camino de Carolina hasta San Matías se puede llamar muy bueno comparado con los que de ordinario transitamos.

Todavía en las cercanías de Carolina se pasa el raudal de su nombre, manso, bastante bello y rico en oro. Esta corriente de agua tiene su nacimiento en el cerro de Guanacas y tributa su caudal al río Guadalupe. Se atraviesa después el mencionado río por un puente de mezuquina construcción, y luego, poco más adelante, el de Hojas Anchas que, como el de Carolina, contribuye á engrosar la corriente del Guadalupe, ya de alguna consideración y con poco más ó menos el mismo caudal de líquido que el Funza antes de precipitarse por el Tequendama.

El Hojas Anchas nace en el Venteadero, tiene bastante agua, es todo él mineral prolongado, se explota con buenos medros y ha gozado siempre de cierta nombradía de riqueza. Sus vegas, aunque no muy anchas, lo son bastante para dar cierto aire plácido y ameno al paisaje y para establecer cómodamente en ellas el laboreo de las minas por el sistema de *saca*, como se hace en la actualidad.

El territorio que promedia entre Carolina y San Matías representa en parte el laberinto de colinas de la alta planicie de Santa Rosa. El suelo es estéril en las eminencias y lo es algo menos en las cañadas; el bosque es más frondoso y la vegetación más variada. No pensamos que este grado mayor de fecundidad se deba á una capa vegetal más espesa y rica, puesto que el piso es sólido, compacto, arcilloso y teñido por óxido ferruginoso y otros de que ya hicimos mención. El defecto apuntado nos parece depender del aumento proporcional de la temperatura, y de que la vida orgánica es mantenida y estimulada en estas partes por los aires calientes del Porce y por su vecindad á él.

Habiendo salido de Carolina como á las diez de la mañana, y habiendo hecho una detención como de media hora para tomar un baño, llegamos á San Matías como á la una y cuarto de la tarde. Ese caserío, que descansa en colinas, tiene sobre su flanco izquierdo una fuentecita que lleva su nombre y que pronto se desliza por la montaña para precipitarse por la falda vecina; á la derecha una profunda hoya por donde corre el raudal llamado la Quebradona, que también sirve para aumentar las aguas del Porce. Al frente San Matías mira la hononada del río como desde un balcón. Los huéspedes que nos recibieron en aquel paraje pertenecen á la honrosa tribu de los hombres de buen corazón.

Teníamos tiempo para bajar con la luz del día hasta el puente de Porce y pasar allí la noche; pero reflexionando un poco, surgía fácilmente un dilema para resolver, y era este: pasar la noche rasgando las picaduras tóxicas de las chuchas garrapatas, ser roídos por las encarachas, sofocados por el calor, someternos, en fin, á los inconvenientes de un sitio inadecuado á todo reposo, ó hacer una

curiosa excursión al salto de Guadalupe y volver á pasar la noche bajo un techo hospitalario, cenando bien, platicando con el patrón y durmiendo á sueño suelto. La última parte del dilema triunfó.

A la una y veinte minutos, reloj en mano, salimos de San Matías y pusimos el rumbo al Norte para visitar la célebre Chorrera.

Puestos en marcha, tomámos por guía un hombre, habitante del caserío, quien, tirando una albarda sobre el lomo de su caballo, siguió adelante por una trocha de la próxima floresta. En el declive de esas colinas crece un árbol cuyo ramaje se cubre de tantas flores, que pudiera muy bien decirse, en el sentido más lato de la expresión, que cada individuo es un ramillete. Esas flores son de un violado color de lilas, y su aspecto es de galanura verdaderamente admirable. Preguntámos al guía por el nombre y nos dijo: "se llama gallinazo". No hay en el mundo académicos de peor gusto que nosotros para bautizar las cosas. ¡Gallinazo, sietecuceros, amarraboyo: qué nombres, y aplicados á qué plantas!

A poco andar, y después de haber trasmontado unas eminencias, principiámos á oír un ruido sordo, lejano, prolongado, á la manera de trueno de agua.

Bien pronto nos pusimos en el borde de la montaña, cortado como á bisel, ligeramente arqueado en grande extensión, pero sin eminencia alguna considerable que le sirva de antemural: bonita y hermosa vista. La Chorrera desde allí se percibe al sesgo, pero muchos de sus pormenores se pierden, ya cubiertos por los árboles de las cercanías, ya hundidos en la hoya profunda del río, ribeteado por espesos matorrales.

El sitio de parada, para dar el primer vistazo á ese fenómeno tan cumplido y lleno de magnificencia, es de carácter peculiar. Independientemente de la configuración del suelo, la vegetación tiene su manera de ser propia: bosquecillos frondosos de laureles y sietecuceros, mirtíneas numerosas, piperíneas de variadas especies, mimosas elegantes, y, en medio de toda esa generación complicada, las especies llamadas vulgarmente cauce con flores doradas, encenillo con pendientes argentíferos, azucenos con macetas de nieve y efluvios de aromas, arrayanes sombríos y embalsamados, pasionarias llenas de misterio, y mil individuos más, que atestiguan con su presencia las producciones de la tierra fría ó apenas templada, se agrupan y se ofrecen al viajero para su estudio y observación.

Actores mudos, visitantes silenciosos, permanecemos en aquel alto proscenio contemplando admirados la vista que teníamos al frente y á los flancos. ¡Qué magnitud de formas, que opulencia de objetos, qué profusión de cuadros! Y al mismo tiempo ¡qué riqueza de creación, qué brillantez de colorido, qué concentración de luz! Sólo esta zona tropical en que nosotros vivimos, con la energía propia de su situación cosmográfica, puede prestarse á manifestaciones de tanto poder, de tanta maravilla y tanto aliento.

El desenlace de un poema físico tan grandioso nos pareció estar en el fondo de aquella caverna inconmensurable, que pretendíamos en vano sondear con el ojo desnudo. Resolvimos, pues, descender, y pusimos las cabalgaduras á la obra. El descenso para nosotros debió ser, con sola la diferencia impuesta por la sensibilidad, poco menos que lo es para el río Guadalupe, rápido, tormentoso, terrible. ¡Qué vereda, qué precipicios, qué pasaje!—la escalera de Jacob.

Bajámos al fin, y lo hicimos en tres cuartos de hora; mas ¡qué diferencia de producciones! Nos detuvimos y abandonámos las mulas, como á sesenta metros de la orilla del río. En ese lugar hay unas pocas casitas miserables: plantaciones reducidas de caña, de maíz y yuca; empresas que serían imposibles para otra gente que no fuese la nuestra, inexplicables para quien no conozca esa voluntad de hierro, esa fuerza de titán del montañés antioqueño.

La vida vegetal en aquel hueco profundo forma contraste extraño con la que tres cuartos de hora antes se deja sobre la altura: piñales bien nutridos, ciruelos, totumos, mangos, guanábanos, naranjos, nísperos, y por encima de todos ellos, el célebre y sustancioso teobroma, el cacao santo y bendito de los climas equinocciales. Hé aquí la lujosa asociación de plantas que se presentó de repente para divertirnos con su vista. El calor era ya intensísimo.

La opinión del guía cuando arribámos cerca del río, fue, y eso de una manera perentoria, que no podríamos seguir adelante. La nuestra no era ni podía ser la misma, tanto más cuanto que desde la casita la vista del salto era mezquina é imperfecta. El destino vino entonces á socorrernos de manera inesperada con la aparición de un hombre llamado Felipe Pérez, quien, ocupado en hacer una rocería en la parte alta, había bajado, atraído por la curiosidad, cuando vio que gente en mulas cabalgaba por donde hasta entonces nadie había llegado de ese modo. Este sujeto resolvió con desenfado la cuestión de proseguir por la afirmativa, y nos dimos á la tarea. La distancia era corta hasta la base principal que sirve de caedero al agua, pero ¡qué distancia, qué terreno, qué vía!

Pasámos al través de una sementera recién labrada, teniendo sobre la derecha una pendiente casi vertical y, por tanto, temible. Ibamos bastante rendidos, pero resueltos á mirar la Chorrera desde su base.

Terminada la parte abierta del campo, no quedaba ya, para estar en la ribera, sino un breve espacio como de treinta metros; mas de repente nuestro animoso guía se detuvo, y nosotros, al levantar la cabeza, vimos con espanto y con disgusto, algo semejante á las columnas de Hércules con su famosa letra "non plus ultra". Ese *non plus ultra* que se nos presentó obstruyendo el paso, era un matorral de zarzas que ocultaba quién sabe cuántos horrores. El conductor manifestó de modo terminante que todo esfuerzo para continuar sería inútil; pero, estimulado un poco, asió por el machete y puso el pecho á la faena de abrirnos paso: el empeño era difícil. Antes de penetrar en el rastrojo nos dijo, con señalada intención, y tomando aire ligeramente azorado: "Cuidado con hundirse: cuidado con el filo de las piedras: cuidado con las raíces y las espinas: cuidado con los hoyos y cuidado con las mapanás." A esta última advertencia un frío intenso nos anduvo por corrientes sobre el cuerpo. Hace poco, nos dijo, matámos dos en el trabajo, y por aquí las hay bien gordas y macuencas. El espíritu de curiosidad prevaleció y seguimos adelante. Dichosamente el paso se efectuó sin contratiempo. Todos los terrores que acompañan de ordinario á correrías de esta especie, son abultados un poco por la fantasía; pero ellos existen realmente: vencerlos es siempre ligera satisfacción.

Yá en la orilla del río, girámos la cabeza en derredor y fuimos seriamente conmovidos por el espectáculo. Antes de estudiarlo ep

sus pormenores, y antes de llegar hasta la base misma de lo que algunos llaman la Cascada, nos pusimos ruanas de caucho y fundas en los sombreros para resguardarnos de ese riego constante, ó más bien aguacero diluvial que cierne en la cercanía de aquel abismo.

Dicen todos: "el Salto de Guadalupe"; y creemos que esto se dice con impropiedad. Lo que se llama vulgarmente el Salto, es un gran fenómeno complejo, en que el curso de un río ofrece todas las variaciones de qué es capaz el agua corriente sobre la superficie de la tierra. Veamos

En la parte alta, sobre la planicie de Carolina, el líquido corre manso y tranquilo, juguetea y se encorva muéle y dulcemente sobre sí mismo; mas ya en el borde de la cordillera se desprende con velocidad, se desliza como el lampo de la centella, por el plano inclinado de la roca, formando un rápido elegante. Es como la carrera preparatoria de quien intenta dar un poderoso salto.

Terminado el rápido, como á ciento diez metros, el río, recogido en un solo cuerpo, se lanza en cascada ruidosa y atrevida. A veinticinco ó treinta metros más de esta segunda parte, el agua parece dar contra una punta saliente de pedernal, y el choque la repercute sobre la parte superior en forma de espuma tan blanca como la nieve. Esos copos espesos y colosales imitan la cabeza y cuello de un gran caballo blanco que intentara escalar la Chorrera, como si el líquido en rebelión con su forzada caída ó temeroso de la que le espera, pretendiese volver sobre sus pasos.

Del caballo en adelante el río se arroja impetuoso; cuando no está crecido, deja en el centro, á medio cubrir, la roca de color obscuro concentrado, semejante al espinazo de un pez; se incorpora de nuevo en un solo chorro, y arrebatado y violento, cae como á cincuenta metros en una gran tina de sienita, que asume la forma de una vasta caldera hirviente, de donde se escapa el vapor en turbiones, que contribuyen á formar en su descenso el aguacero perdurable de los alrededores. Este trozo del fenómeno es de una belleza asombrosa y terrible por su fuerza y por su energía.

De la caldera en seguida, el Guadalupe prepara nuevo y estudiado contraste. Hacia los dos lados deja caer de una y otra parte dos hilos como dos cordoncillos de plata. El resto se divide en cantidades iguales; se desvía un poco en su curso: presenta visible y seca la roca hacia el centro, y así, divorciado en su lecho, se descuelga de nuevo con no menos audacia y desdén que en la parte que le antecede. Antes de caer definitivamente, las dos corrientes tornan á unirse de modo inextricable, en su carrera. El lugar de esta caída es yá la base de la que debe llamarse la catarata ó cataratas: es el término de ellas: es el abismo.

Corriendo aún el agua, el lecho está muy lejos de ser horizontal. El río sigue como por espacio de unos cien metros formando cascada sobre cascada; y entretanto va sacudido, maltratado; y como si tanto choque y obstáculo lo llenaran de rabia y de furor, se hace sentir ruidoso é imponente. La parte de las cascadas no es la menos bella, ni la menos admirable del panorama; antes por el contrario, su ruido y su aspecto tienen algo de galvánico, fascinador y colérico, que asusta y estremece.

Desde las cascadas, el Guadalupe sigue de brinco en brinco, chocando contra enormes pedrejones, espumoso, lleno de remolinos, pequeñas vorágines, recodos, rebalsas y hoyas caprichosas, dando murmurios regañones que á mayor distancia se convierten en zumbidos moribundos y vagos, hasta que el agua, golpeada siempre, eucajonada y tortuosa, llega turbia y llena de lodo, á unirse en estrecho abrazo con la que la espera en la hondonada, donde las arenas del Guadalupe dan un beso de oro á las doradas arenas del Porce. De allá van al Cauca, al Magdalena y al mar, en donde, siguiendo la eterna ley de rotación, esperan el momento de volver al estado de vapores para posarse sobre las montañas, condensarse de nuevo y alimentar arroyos, torrentes y ríos, y quién sabe si al mismo Guadalupe!

Esto en cuanto á la parte gráfica del río. Los pormenores del cuadro piden algunas apreciaciones más; son difíciles, pero vamos á intentarlas.

Partiendo de la cima, y de uno y otro lado de la Chorrera, la roca está desnuda, es de color moreno subido, y, prolongándose hasta la parte inferior, forma un vistoso óvalo al salto principal, encaje artístico, marco de caoba, de mérito fantástico prodigioso.

Otro óvalo, más gracioso y más agradable á la vista, de ese cuadro mágico, se encuentra dispuesto de manera simétrica y concéntrica con respecto al primero. Está constituido por una hilera de árboles copados y corpulentos, de verde esmeralda, que se completa en sus interrupciones por una franja de gramíneas de follaje fino y delicado. Esta disposición obliga al observador á fijar la vista en lo que pudiera llamarse el corazón del fenómeno.

Saliendo de esta circunferencia maravillosa, se ofrecen nuevos y variados objetos á la observación; mas para dominarlos es preciso cambiar alternativamente la mirada. En el conjunto del paisaje hay de todo: gramíneas capilares junto á la humedad, de hojas anchas y lucientes un poco después; carrizales luego; malezas y arbustos enmarañados, en ocasiones; casuchas, sementeras atrevidas y temerarias, diseminadas en las escarpas; árboles corpulentos en todas direcciones, y los más cercanos al río, cubiertos de parásitas, de musgos y de fango, verdadera librea de la mendicidad del medio en que vegetan.

Al frente, y viniendo del Ocaso, serpea por entre rocas y murmura á su manera el agua clara del riachuelo Cañar, que se desprende desde las cumbres elevadas que dominan al Higuerón; al Norte se abre la hoya del Porce, trayendo á la imaginación la idea mágica de sus ocultos y reales tesoros; el viajero se encuentra circunvalado por esas moles inmensas de montañas cortadas á pico, cuyo examen se hace apenas forzando el cuello para mirar al cielo. Todo eso es de un vigor supremo.

Para ver más de cerca, nos aproximamos á la orilla, saltando de roca en roca, no sin peligro de rompernos la crisma por lo liso del asentadero de los pies. La operación se hacía en botas.

¡Qué horror causa todo aquello visto frente á frente y desde un punto mal seguro! Eso pone de punta el cabello en la cabeza.

No era aún bastante ver lo que hemos llamado el *abismo*: era preciso mirar la *caldera* en su nivel natural. Un trabajo de escalada por cincuenta metros casi verticales, asiéndonos de los filos y gan-

chos del pedernal, era preciso. Almohadillas de musgo mal prendidas, grietas espantosas, paredes sin agarradero, agua turbia y amarillenta, cieno de trecho en trecho, uno que otro sapito errante y vagabundo, saltando temeroso á nuestra aproximación, cangrejos pequeños y empapados: hé aquí, con poca diferencia, el cortejo que nos acompañó en aquella parte de nuestra excursión.

Este fenómeno es verdaderamente un Proteo: cada faz que presenta es nueva. Yá en la base teníamos llovizna en abundancia; subiendo hasta el primer escalón, frente á la cascada, apoyados en la mano de hierro del guía, yá no era una *garúa*, un *paramito*, sino un verdadero *palo de agua*, que se tornaba en huracán y en borrasca cada vez que una ráfaga de viento venía á azotar el cuerpo principal de la chorrera. Colocados en el borde, bajo la influencia de tantos elementos discordantes, la contemplación de la caldera nos pareció vertiginosa, aturdidora, enfermiza, y destinada para que organizaciones superiores á la nuestra la escudriñasen y la descifrasen. Cada borbotón de espuma parece una nube caída del cielo.

Alguien ha dicho que la Cascada, que forma un arco al caer, deja en cierta parte á retaguardia un pasaje seco y transitable: no hay tal cosa, al menos por ahora.

Colocados sobre esa elevada escala dirigimos la vista hacia el cenit, y percibimos con asombro el río en el punto preciso en que se desgaja definitivamente para formar la catarata principal. Parece entonces que todo el líquido viene á caer sobre la frente. ¡Hay casi un sentimiento de asfixia en tal instante! Esta es la impresión cardinal de esa cadena de sensaciones y sacudimientos.

El ruido común y ordinario del Guadalupe, en su caída, es sordo, monótono, acompasado. De vez en cuando, sin embargo, ese ruido es turbado, y toma un diapason variadísimo. Si una corriente impetuosa del viento que sopla de las montañas, arropa de lleno la masa de agua en su descenso, se oye al instante un sonido quebrado y estridente. El eco de eso, que remeda un lamento aéreo, un gemido celeste, enronquecido á ratos, parece un cañonazo de agua.

Visto de lejos, el Guadalupe en su Chorrera tiene cierto aire apacible; pero pierde mucho el influjo que alcanza con su índole salvaje y bravia cuando se le contempla de cerca.

Dicen muchos que jamás es tan conmovedor el estudio de este gran fenómeno, como cuando se hace durante las grandes avenidas del río, que colman el cauce. Entonces el agua bate con inaudita fuerza; el líquido se fractura y cruza por el horizonte en astillas brillantes, que imitan un vasto fuego de artificio: eso es hermosamente aturdidor.

El arco iris se presenta de ordinario vistoso, extenso y multiplicado en el vasto círculo que ofrece el paisaje. Desgraciadamente para nosotros, la tarde, muy avanzada yá, hacía que la vecina roca lanzara su penumbra sobre los vapores é impidiese la refracción de la luz. Por eso no vimos ese *suntuoso camaleón del firmamento*.

Si se pretendiera saber á punto fijo la índole del sacudimiento espiritual que el estudio de un cuadro de esta especie provoca en nuestro sér, sería bien difícil encontrarle explicación satisfactoria. Hay en todo ello, al menos para nosotros y para nuestro sistema, un no sabemos qué, confuso, vago, sutil, imponderado, que no podemos descifrar, pero que bulle en nuestra alma, tomando las formas de

una existencia real, aunque incoercible para los sentidos. Quizá algún día esta ley de fisiología moral se formulará en términos claros y precisos. Nosotros sólo penetramos en el obscuro é insondable fondo de esa impresión, lo siguiente: no hay alma humana, por marchita y por árida que se halle en su existencia, que no emita siquiera un ligero hálito místico, cuando se ve llamada en su camino por la voz dominadora y omnipotente del Criador, en la manifestación augusta de sus obras. Sigamos adelante.

Yá era muy tarde, y empezámos á desandar, no sin pena, porque todavía nos quedaba harto qué indagar y con qué alimantar nuestros deseos.

Volvimos á la casita donde habíamos dejado las bestias, al cuidado del primer *guía*, no sin dar, eso sí, de cuando en cuando, miradas escudriñadoras á todo lo que nos rodeaba, especialmente al Guadalupe.

Por lo que antecede se verá con claridad que lo que llaman *Salto* es un fenómeno complicado y heterogéneo en sus pormenores. El Tequendama se define de una vez, como en pocas palabras lo hizo el inmortal Caldas, pero el Guadalupe apenas se describe. Yá se ve, si nosotros fuéramos Caldas, quizá lo definiríamos también.

Aborrecemos las comparaciones entre personas, y á veces llevamos nuestro odio hasta las que se hacen entre cosas. Por eso no decimos que el Guadalupe sea mejor que el Tequendama, ni el Tequendama superior al Guadalupe. Estos contrastes geológicos tienen todos su mérito propio, aunque idénticos en su naturaleza, y tienen sus desinencias particulares, que constituyen el fondo de su importancia.

El Tequendama se va de una vez, forma su arcada fluída, y todo está dicho. El Niágara tiene su armonía colosal, su tranquilidad aparente y su conjunto uniforme, lleno de majestad. El Salto antioqueño tiene su complicación infinita y su índole salvaje. Empero, el Niágara ha tenido á Heredia por bardo; el Tequendama ha sido enaltecido por la musa sensible de Ortiz; mientras que el Guadalupe ha sido apenas visitado por el buscador de oro ó por el calmoso habitante de nuestras montañas.

Reposados algún tanto de la última correría, que nos hizo sudar copiosamente, resolvimos regresar. Aseguramos que las mulas ejecutaron en el ascenso, como en la bajada, una acción distinguida de valor, así como nosotros, sin desmontarnos, una estupenda proeza de barbarie. No se crea que haya mentira en esta aserción: es la purísima verdad.

Serían las cuatro y tres cuartos cuando emprendimos el camino de subida, y como las seis cuando llegámos á la altura. Era el crepúsculo de los trópicos; era el verano en lo más genuino y claro. Cuando yá íbamos á perder de vista el Guadalupe dimos una mirada de adiós al espectáculo. El cielo estaba de ese color dadoso que nos hace vacilar entre el azul turquí y el esmeralda; las primeras estrellas empezaban á lucir en el firmamento como rosas de plata; la cascada mandaba sus rumbos entrecortados, y el agua se divisaba á lo lejos como hebras de diamante; un velo, diáfano aún, se

extendía por la parte baja de aquellos senos y combas de terreno; el abra del Porce iba más allá de nuestro pensamiento, envuelta en los repliegues de sus cordilleras, y el lugar aquel, en fin, alcanzaba tintes tan soberanamente bellos, que nosotros no pudiámos menos de exclamar con el Profeta de Dios, con Isaias el sublime: "¡ Señor, llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria!"

MANUEL URIBE ANGEL.

En un concurso promovido por *El Liberal*, de Madrid, mereció el primer premio el hermoso cuento titulado LAS TRES COSAS DEL TÍO JUAN, por D. José Nogales, escritor enteramente desconocido hasta el día en la Península.

El segundo premio lo obtuvo D<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán.

Estamos seguros que nuestros lectores nos agradecerán la reproducción de estas dos nuevas joyas de la literatura española.

### LAS TRES COSAS DEL TÍO JUAN

Todo el pueblo sabía que Apolinar se estaba derritiendo vivo por Lucía, y que, aunque ésta no se derretía por nadie, no ponía mala cara á las solicitudes del mozo. Matrimonio igual: ella, joven, guapa, robusta y, de añadidura, rica; él, en los linderos de los veinticinco, no pobre, medio señoritín, por lo que iba para Alcalde, y entrambos hijos únicos. No faltaba al naciente afecto más que el sacramento de la confirmación, y para ese no había otro obispo sino tío Juan, el *Plantaos*, padre y señor natural de la dama requerida.

El ilustre linaje de los *Plantaos* distinguióse desde muy antiguo tiempo por una terquedad nativa, de que estaba justamente orgulloso, y, de haber querido proveerse de heráldica, su escudo no fuera otro que un clavo clavado por el revés en una pared de gules. Apolinar sentíase cohibido por esta testadurez hereditaria y recelaba que el tío Juan saliese con una gaita de las suyas, porque era hombre que no se apartaba de sus síes ó sus nóes así lo hicieran pedazos.

No hubo más remedio que pasar el Rubicón . . . . y tirarse de cabeza en aquellas honduras insondables de la voluntad paterna. El tío Juan había dicho una vez: "¿ qué trae ese por aquí?" Y para los que le conocían el genio, era bastante.

—Ahora que está tu padre en la bodega, voy y se lo espeto, y Dios quiera que pueda salir con cara alegre . . . . Pero antes dime, para que lleve fuerza, que me quieres como yo te quiero, con los daños del alma.

—Apolinar, que me aburres con tus quererres y tonteos. Si quieres decirselo, anda: y lo que saques á mi padre del buche eso será, porque yo también soy *plantá*.

Renegando de aquellos bravíos rigores de la casta, encaminóse Apolinar á la bodega, pasando primero bajo la llorosa parra que